



CINEMA CATALÀ TOT L'ANY

CRÍTiques DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "ROBOT DREAMS"

EL PAÍS - Elsa Fernández-Santos

'Robot Dreams': un precioso canto a una amistad y una ciudad perdidas

Pablo Berger adapta la novela gráfica de Sara Varon y logra una emotiva película de animación que nos devuelve al Nueva York de los ochenta

Sin diálogos, tierna, sabia, adulta e infantil. Dicho así parece fácil, pero Robot Dreams, cuarto largometraje del director bilbaíno Pablo Berger, es un logro artístico complejo: una película de animación que remite a personajes de trazos sencillos y a emociones puras y profundas. Una historia sobre un perro, un robot y una ciudad que transporta al espectador a un lugar que Berger evoca con inspirada melancolía.

Dog es un perro que vive solo en el Manhattan de los años ochenta y que un día decide comprarse un robot para tener compañía. La soledad siempre fue especialmente dura en la ciudad que no duerme, en la que Berger vivió durante una década. En ese entorno, el perro y el juguete descubrirán una feliz y leal amistad que se forjará al compás de September, hit disco funk del grupo Earth Wind & Fire, y de un Nueva York que Berger reconstruye a través de la iconografía pop de una época que resucita cargada de nostalgia: del interior del apartamento donde vive el personaje central a la calle y su fauna, y del metro a la playa en la que se desencadenará el drama de esta delicada y preciosa historia.

Pese a ser una película de animación, Robot Dreams no está tan lejos de los dos primeros largometrajes de Berger. Sin palabras, como Blancanieves (2012), y retro, como su ópera prima, Torremolinos 73 (2003). Pero sobre todo demuestra la heterodoxia creativa Berger, esa manera de ir por libre que une a todos sus proyectos.

Los dibujos de Robot Dreams son entrañables, tienen magia, humor y sentimiento. Dibujos que conectan detalles de la cultura popular que florecieron y desaparecieron durante aquella época —como la lata de cola Tab, una bolsa de deportes de Naranjito o los ubicuos boombox de los tiempos del breakdance—, con referentes cinematográficos clásicos, como el solitario Charlot y El mago de Oz, cuyo camino de baldosas amarillas se transformará en una coreografía floral a lo Busby Berkeley con un robot suplantando al hombre de lata y con las Torres Gemelas de fondo, coronando el falso espejismo de la tierra prometida de Oz.

Minimalista en su forma, como las cuatro líneas de dibujo del pasaje de los pajaritos que nacen junto al robot en la playa, Robot Dreams conduce la candidez de sus ilustraciones y el fetichismo de su nostalgia hacia algo tan profundo como los sentimientos de soledad y

abandono y esa incapacidad para borrar de una ciudad las huellas de las personas que nos hicieron felices en ella. Lugares y melodías a ritmos neoyorquinos de los ochenta, de soul o de salsa. Aunque el corazón de la extraña pareja pertenezca a September y a su famosa introducción: "Do you remember?".

De eso va Robot Dreams, de recordar, aunque duela: una vieja amistad, una vieja ciudad, un mundo analógico que lidiaba a su manera con la soledad y, como siempre, una canción que lo abrocha todo.

El Mundo - Luis Martínez

Robot Dreams: Pablo Berger y el milagro de la animación callada

'Robot Dreams', la nueva película del director de 'Blancanieves', sorprende con una propuesta tan clásica como revolucionaria sobre la fragilidad de la amistad, el miedo a la soledad y el tiempo

Mantén Foucault que las palabras y las cosas están en la superficie de todo. Y con el tiempo, nuestra relación con unas y otras cambia. Pero, un paso más allá, afirmaba que si arañamos esa superficie sólo encontramos palabras. Cuando en su libro, en efecto, Las palabras y las cosas, el filósofo tan francés como cada piedra de Cannes se detenía en la figura del Quijote, sostenía que el hidalgo manchego en puridad no es tanto carne enjuta sobre hueso largo como signo. «Todo su ser no es otra cosa que lenguaje, texto, hojas impresas, historia ya transcrita. Está hecho de palabras entrecruzadas; pertenece a la escritura errante por el mundo», decía, cargado de razón. Y de palabras.

Robot Dreams, de Pablo Berger, parece dibujo. De hecho, se anuncia como cinta animada. Y eso ya de por sí es una sorpresa, si tenemos en cuenta que su director jamás había intentado antes nada parecido. En su filmografía, en la que figuran películas como Torremolinos 73, Blancanieves o Abracadabra, se repite una y otra vez la voluntad de levantar desde la nada mundos antiguos, mundos extraños, mundos alejados de eso llamado la realidad que pisamos. Pero jamás había llegado tan lejos en su empeño de inventarse desde antes de cero un universo entero. Sin embargo, la verdadera sorpresa es otra. También aquí, nadie dice nada. Los personajes -como ya ocurriera en la adaptación del cuento clásico de la dama, el espejo, la manzana y los enanitos- no hablan. Y no lo hacen, y aquí la estupefacción, porque ellos mismos son palabra, son signo, son, por apurar el símil, quijotes detenidos en un Nueva York de los años 90 sencillamente hipnótico.

Cuenta el director que todo surgió por culpa de una lectura algo despistada. Que no casual. Nada es casualidad. «Cayó en mis manos una novela gráfica de Sara Varon y lo vi claro. Vi una película en los mismos términos que estaba planteada sobre el papel. Lo que más me llamó la atención fue el final», dice sin atreverse a decir nada más, y lo dice con un gesto orgulloso que él mismo llama punk y otros no dudarían en calificar de inmadurez. Genial inmadurez, eso sí. La película cuenta la historia de amistad entre un perro y un robot. El segundo es la mascota del primero. Suena algo turbador y, de hecho, la película no renuncia a nada: ni al candor ni a lo tétrico. «Por un momento, pensé que fueran los humanos las mascotas, como en El planeta de los simios, pero sería demasiado», recuerda.

Lo que se presenta como una necesidad para evitar la soledad (la compra de la máquina de compañía) acaba transformado en algo más serio. Pronto, y por aquello de los accidentes, llega una separación forzada. Primero, la tristeza; luego, la añoranza; más tarde, el olvido; y

al final, muy al final, muchos sentimientos contradictorios entre sí que van desde el remordimiento al perdón pasando por, claro está, el amor de mil maneras posibles, animales robóticas y humanas, demasiado humanas.

Berger confiesa que lo que mueve cada uno de sus proyectos es siempre la posibilidad de la emoción. Que así ha sido desde su primer cortometraje, *Mama*, cuando nada sabía de cine, hasta ahora mismo que nada sabe de animación (en verdad, ahora lo sabe todo, cuando empezó con *Robot Dreams*, no). «Al fin y al cabo, la materia de trabajo soy yo mismo. Mi infancia y mi adolescencia, de una forma otra, están en el origen de todo lo que he hecho, aunque suene muy tópico. Por otro lado, mi prioridad siempre ha sido acercarme a los sentimientos desde lo más íntimo de la imagen. Por eso me gusta siempre recrear otros mundos del pasado, por eso esa insistencia en el silencio...».

Y llegados a este punto, llega el auténtico punto de *Robot Dreams*. Todo en ella, decíamos, son palabras, palabras que se enredan en el trazo elegante, preciso y claro que delimita a los personajes y que se esconden en los fondos de unos paisajes que se dirían perfectamente reconocibles. Aunque jamás se haya pisado Nueva York y mucho menos en los años 90. «Trabajar sólo con imágenes me da la impresión de que deja más espacio a la audiencia para que sea ella la que complete lo que ve», dice.

Y efectivamente, la película avanza como un libro de signos donde los ojos del espectador antes que simplemente contemplar nada, leen en la pantalla su vida misma. Y en su lectura, construyen con su experiencia, con sus miedos, con sus amores olvidados, con su melancolía y hasta con su arrepentimiento un auténtico milagro sin edad. Es película para niños por lo que tiene de descubrimiento de algunas de las pérdidas por llegar y es cinta para adultos por lo que tiene de reconstrucción de un espacio casi sagrado de reconocimiento, de identificación, de plenitud y de misterio. No son perros, no son robots, somos nosotros. De otro modo, una maravilla de la que cuesta recuperarse de puro entusiasmo.

La Razón - Sergi Sánchez

Un perro y un robot, amigos del alma en la asombrosa "Robot Dreams"

Pablo Berger presenta «Robot Dreams» una película de animación conmovedora y deliciosa sobre la amistad

Pablo Berger siempre está donde menos se le espera. Seis años después de "Abracadabra", ¿quién podía vaticinar que sería seleccionado en Cannes, fuera de concurso, con una película de animación? ¡Y qué magnífica película es "Robot Dreams"! Esta adaptación de la novela gráfica de Sara Varon, publicada en 2007, puede parecer alejada de los intereses del cineasta bilbaíno, pero tiene significativos puntos en común con su obra anterior: es, como todos los suyos, un filme de época (transcurre en la Nueva York de los ochenta); como "Blancanieves", carece de diálogos; y está atravesado por una suave melancolía, la que ya impregnaba "Torremolinos 73".

Berger no es ajeno al mundo del cómic. En conversación con él, nos recordaba que su primer corto, "Mama", ya estaba inspirado en la obra del dibujante francés Vuillemin. "La animación es la mejor manera de acercarse a la película soñada. No hay accidentes, tienes un control absoluto sobre el proceso", explica. ¿Y qué tenía de especial ese sueño? "Me dio la oportunidad de hacer una carta de amor a Nueva York", ciudad en la que Berger vivió

diez años, “además de añadir todo tipo de juegos con la cultura pop y referencias cinéfilas, en línea con mi estilo de cine, que es muy barroco y atento a los detalles”.

Imaginen, pues, un Nueva York donde sus habitantes son animales y los robots, mascotas. Sumergido de lleno en la soledad urbana, Dog se compra su robot de compañía. Comen, patinan, juegan juntos. Después de un idílico día de playa, el robot, oxidado, queda estancado en la arena. Y allí sus caminos se separan: Dog prueba a buscar nuevas amistades y el robot sueña con salir de su entierro. Dos soledades que lidian con la pérdida son las protagonistas de esta conmovedora delicia, que, desde un dibujo de línea clara y con el sentimiento a flor de piel, se alinea con lo mejor de la animación japonesa. “Las películas de los estudios Ghibli, de Miyazaki y Takahata, son ineludibles”, admite. “Pero voy más atrás, a mi infancia, a Heidi y Marco. El cine de animación japonés habla de emociones, que es lo que a mí me interesa. También me tocan la fibra películas europeas, como “Mi vida de calabacín” o “I Lost My Body””. La carencia de diálogos potencia esa emotividad desde un trabajo expresivo minimalista, muy contenido, que se expande entre las referencias al cine cómico mudo (Chaplin a la cabeza), a clásicos como “El mago de Oz” y a las coreografías fractales de Busby Berkeley, amenizadas con una banda sonora que adopta como himno el “September” de Earth, Wind & Fire. “Procedo de una familia que se dedicó a la música. Yo, de pequeño, soñaba con ir a un festival, pero no al de Cannes sino al de Eurovisión”, explica Berger. “Por eso pienso que la escritura del cine, solo con imágenes y música, da más espacio al espectador para completar la película, logrando una experiencia sensorial parecida a la de “Blancanieves””.

“Robot Dreams” no necesita ningún villano para mantener viva la trama. La materia prima con que trabaja Berger es la amistad, cómo sobrevivimos a su pérdida, y cómo su recuerdo nos ayuda a recuperarnos, sin rencores. Bajo su aspecto de película infantil, cualquier adulto puede reconocerse en ella. El primero, el propio Pablo Berger. “Yo soy Dog. El apartamento donde vive es el último donde viví yo. Yo me casé en Nueva York. Pasé por todo tipo de fases: por momentos muy felices mientras estudiaba en la escuela de cine, por una historia de amor, por una ruptura, he sido Dog solo y triste, he vuelto a enamorarme. Lo que quiero decir es que “Robot Dreams” es una película muy personal”.

eldiario.es - Javier Zurro

La historia de amor (y pérdida) más bonita de Cannes es entre un robot y un perro
'Robot Dreams', la primera película de animación de Pablo Berger, conquista en su proyección oficial fuera de concurso. La prestigiosa distribuidora Neon la ha comprado para EEUU

Hace unos meses, cuando Guillermo del Toro recogía el Oscar a la Mejor película de animación por su versión en stop motion del cuento de Pinocho, recordaba algo que muchos directores siempre reivindican: la animación no es un género, sino una técnica. La predominancia del cine infantil y familiar realizado con ella, y el hecho de que tenga una categoría propia en los premios que hace que casi se la excluya del resto de categorías, ha hecho que para muchos la animación sea algo como el western, o el musical, un género con sus propias normas y códigos.

A pruebas irrefutables de ello como Vals con Bashir o Persépolis, se une ahora la española Robot Dreams, la primera incursión de Pablo Berger (director de Blancanieves) en la animación que se ha presentado en una proyección oficial del Festival de Cannes. La

adaptación de la novela gráfica de Sara Varón que ha hecho Berger muestra que era la técnica perfecta para contar la historia de amor (del tipo que sea) entre un robot y un perro en la Nueva York de los 80. Un filme hermoso, tierno, que provoca sonrisa para luego percatarse de que Berger ha aprovechado el encanto de sus dibujos para colar una historia sobre amor, pero también sobre la pérdida. Sobre la necesidad de dejar partir a la otra persona. Todo sin palabras. Un filme mudo pero con sonidos y una banda sonora contagiosa.

Era imposible haber hecho esta versión si no fuera en animación. Lo dejaba claro Berger, que cuando se decantó por hacer el filme no vio “otra manera de hacerlo, porque los protagonistas eran animales antropomórficos”. La primera vez que leyó el material de origen no había ni rodado Blancanieves. Era 2010. “Me pasó, como le suele pasar a mucha gente con este libro, que cuando lo cogen es un libro infantil, pero a medida que vas descubriendo la historia te vas dando cuenta que hay mucho humor, que hay mucha emoción, que hay mucha complejidad y que tiene un tercer acto excepcional y devastador. A mí, al acabar la novela gráfica, me conmovió. Me pasó como con esas novelas que llegas en las últimas 30 páginas y te tiembla el labio”, explicó desde el certamen francés.

La novela se quedó ahí, aparcada, y después de *Abracadabra*, buscando ideas para su nuevo filme, se acordó de ese libro que le había emocionado tanto. Aprovecha para darle la razón de forma clara a Guillermo del Toro, y subraya que desde 2008 ninguna película animada ha competido por la Palma de Oro. “Esto es un síntoma de que no se toma en serio la animación. La animación no es un género, el género es la comedia, el drama, el thriller. La animación es un medio. La animación es una forma de contar que en vez de utilizar una cámara utilizamos dibujos. Entonces yo creo que hay que quitar ya la etiqueta ‘género animación’, y eso puede ayudar para que se nos tome en serio. Si os fijáis, los directores de imagen real que hemos probado en animación, repetimos. Fernando Trueba, Wes Anderson, Richard Linklater... El salto de la imagen real a la animación en mi caso ha sido natural, y creo que que los directores de imagen real lo deberían tener en cuenta”.

La hermosa historia de amor entre Perro y Robot, que así se llaman, unos personajes antropomórficos en los que nunca se explicita su género o condición sexual, ha emocionado provocando críticas internacionales insuperables y la venta del filme a Neon, distribuidora de EEUU encargada de fenómenos como los de *Parásitos*, *Triángulo de la tristeza* o *Flee* y de su carrera por el Oscar. Para Berger el éxito también es que se trate de una “una película abierta en el que el espectador de una forma activa se la pueda hacer suya y reflexionar. Es una historia que un niño la puede ver sobre la amistad, pero un adulto la va a ver sobre la pareja, y otra persona sobre la pérdida de un ser querido”.

Tuvo claro que ese antropomorfismo le hacía jugar con un concepto de diversidad muy rico. “No se saben las razas, los géneros, aunque a veces sí que se ven algunos personajes que son de cierto género, pero hay muchos que no se sabe de que género son; y quería hacer una película para cualquier espectador de cualquier raza, de cualquier género, de cualquier forma de pensar, una película muy abierta y que Leto fuera un elemento de poética visual. Hay una poética donde el espectador de una manera activa se la va a hacer suya, y a eso ayuda el hecho de que sea muda. Eso es algo que yo ya había descubierto al hacer *Blancanieves*, porque más que una película narrativa era una experiencia, y me gustaría pensar que *Robot Dreams*, que yo me la tomo como una película hermana de *Blancanieves*, también lo sea”.

CAIMÁN - Ángel Quintana

"Una película tierna, llena de imaginación. Un regalo para niños, pero también para los adultos que amamos la animación, vista como exploración en la imagen gráfica"

Un perro solitario mata las horas jugando con el Pong, aquel viejo videojuego de los ochenta. Estamos en Nueva York a principios de la década y mientras la ciudad bulle, sus animales con forma humana están aburridos, la incomunicación urbana no abre caminos a ninguna amistad posible. Un día, el perro decide fabricarse un robot, una forma práctica de tener un amigo. Juntos pasean con una bolsa de Naranjito, la mascota del Mundial 82 y acaban paseándose hasta Coney Island. En la playa de Coney Island el robot queda encallado en la arena y no puede sacarlo. Hace diferentes intentos, pero llega el otoño y el parque se cierra hasta junio. El robot encallado en la arena sueña con mundos posibles, con historias de felicidad, mientras el perro busca nuevos amigos y espera que algo acabe. El tiempo pasa y la relación se transforma. Llega el invierno, la nieve y el robot corre el peligro de convertirse en simple chatarra.

Pablo Berger es un cineasta que no se conforma con rodar de forma convencional, sino que quiere jugar o experimentar con otras formas posibles de la imagen. Mientras en Blancanieves investigaba en torno al cine mudo, en Robot Dreams, adaptación de un cómic de Sara Vanon aparecido hace unos años, lleva a cabo un doble homenaje. Por un lado, rueda una película de amor al Nueva York que Berger vivió en su juventud y por otra conecta con lo mejor de la animación contemporánea. El amigo robot no está tan lejos del amigo Totoro de Miyazaki y el uso de la animación sin diálogos recuerda a La tortuga roja de Michaël Dudok de Witt, pero también hay ecos de Ernest y Célestine de Stéphane Aubier. Berger juega con habilidad con el sonido y con una espléndida banda sonora en la que el tema September de Earth, Wind and Fire se convierte en un auténtico icono referencial. Un cuento infantil en cuyo interior residen otros muchos cuentos posibles y este juego de capas y sueños acaba dando lugar a una película tierna, llena de imaginación. Un regalo para niños, pero también para los adultos que amamos la animación, vista como exploración en la imagen gráfica. Ángel Quintana

CINEMANÍA - Irene Crespo

'Robot Dreams': Pablo Berger emociona en Cannes con su cuento de amistad animado

El director de 'Blancanieves' triunfa en el Festival con su brillante historia de amistad, pérdida, sueños y Nueva York.

Pablo Berger es un director muy particular. Quizá más aún dentro del cine español. Es un cineasta absolutamente libre, que se ha arriesgado en cada uno de sus trabajos. Cada uno de sus cuatro largometrajes, de Torremolinos 73 (2003) a la que acaba de estrenar en el Festival de Cannes, Robot Dreams (con la que triunfó antes de estrenarla, al ser comprada por la distribuidora Neon).

En medio, Blancanieves (2012) y Abracadabra (2017). Hay un mundo entre ellas, cine mudo en blanco y negro, una comedia con elementos fantásticos... Pero todas comparten algo muy especial, en todas transpira la sensibilidad de su autor y su coherencia. Su empeño y decisión a llevar a cabo proyectos soñados que ve con claridad en su cabeza. Y solo hacerlos tal y como los sueña.

“Talento no sé si tengo, pero tesón... soy un vasco que cuando me obceco en algo”, me decía hace ya casi 11 años cuando estaba a punto de estrenar Blancanieves. Ninguna de sus películas ha sido fácil, pero él ha seguido adelante, convencido. No era fácil tampoco Robot Dreams, adaptación de la novela gráfica homónima de Sara Varon (éxito en EE UU), una película de animación, muda, situada en el Nueva York de los años 80, una historia de amistad entre un perro y un robot.

“Yo nunca me había imaginado dirigiendo una película de animación, pero la historia del libro me marcó”, ha contado en el Festival de Cannes antes de su estreno mundial. “Me hacía reír y soñar”. Dos verbos clave viendo el filme, de hecho. La sonrisa no se va en la mayor parte del metraje y te lleva a soñar como sueñan sus personajes con su historia pasada y su posible futuro.

La historia es esta, por cierto. Dog vive en Nueva York, en el East Village, se siente solo y compra un robot de compañía. Robot es lo mejor que le ha pasado, un gran amigo con el que comparte todas sus aficiones. En verano van a la playa, y Robot no puede moverse de la arena. Dog tiene que abandonarle y la playa está cerrada hasta el siguiente verano. Sus vidas siguen.

La historia es siempre el centro para Berger, pero no se olvida de mirar y mimar más a sus personajes y quizá más aún en Robot Dreams. Nos deja acompañarlos en sus paseos, en sus bailes, en sus juegos. En su intimidad.

s una animación clásica en la que dan ganas de dar al pause en cada plano para observar cada detalle creado en ella. Dentro de la casa de Dog o en ese universo infinito que es Nueva York. La película es un homenaje también a esa ciudad en la que vivió 10 años y adora. Está llena de detalles, desde las tiendas a los personajes que habitan sus calles y su metro, los modales y comportamientos.

Es una ciudad que puede ser hostil en la que alguien que vive solo se puede sentir muy, muy solo entre tanto ruido y gentío. En la que no es fácil hacer amigos, pero si encuentras uno... Robot Dreams es una historia de profunda y tierna amistad entre estos doce personajes. De la amistad que es bonita mientras dura y también puede serlo cuando se termina. Por eso habla también de la pérdida y del perdón.